

OBJETIVISMO E ILUSIONISMO EN ECONOMIA (*)

CELSO FURTADO.

La ciencia económica ejerce indiscutible seducción en los espíritus gracias a la aparente exactitud de los conceptos y categorías que utiliza. El economista, por lo general, se ocupa de fenómenos que tienen una expresión cuantitativa y que, aparentemente, pueden aislarse de su contexto, esto es, pueden ser analizados. Ahora bien, el análisis, al identificar relaciones estables entre fenómenos, abre el camino a la **verificación** y a la **previsión** que son las características fundamentales del conocimiento científico en su forma más prestigiosa. Particularmente en el mundo anglo sajón se entiende como **ciencia** (science) el uso del **método científico**, y este último se concibe en el sentido estricto de la aplicación matemática y, más recientemente de la mecánica estadística. Se comprende por lo tanto que hombres de valor como Hicks y Samuelson se hayan empeñado tanto en traducir todo lo que sabemos de la realidad económica al lenguaje matemático. No tanto por pedantería, como puede parecerle a algunos, sino porque están convencidos de que el progreso de la economía se hace en el sentido de una aplicación creciente del método científico y que este tiene su paradigma en la ciencia física.

(*) Reproducción autorizada de la Revista "Desarrollo Indoamericano" N° 22, Barranquilla - Colombia, diciembre de 1973.

Pero ocurre que los conceptos económicos no son **objetivos**, en el sentido en que lo son los conceptos usados en ciencia natural. Para que el precio del fríjol fuese algo objetivo debería ser, como se enseña en los libros de texto, la resultante de la interacción de dos fuerzas, la oferta y la demanda, dotadas de existencia objetiva. Sería el caso, por ejemplo, si la oferta del fríjol dependiese solo de la precipitación pluviométrica y de la demanda de las necesidades fisiológicas de un grupo de personas. Pero la verdad es que la oferta del fríjol está condicionada por una serie de factores **sociales** que van desde la manipulación del crédito para financiar almacenamientos hasta el uso de presiones para importar o exportar el producto, sin hablar del control de los medios de transporte, del grado de monopolio de los mercados, etc. De la misma manera, la demanda resulta de la interacción de una serie de fuerzas sociales que van desde la distribución de la renta hasta la posibilidad que tienen las personas de sobrevivir produciendo para la propia subsistencia. Cuando aplica el método analítico a ese fenómeno (el precio del fríjol) el economista dice: manteniéndose constantes todos los demás factores, si aumenta la oferta del fríjol el precio de éste tiende a disminuir. Ahora bien, el aumento de la oferta también modifica otros factores como el monto de obligaciones por bodegaje, la presión para exportar, etc. La idea de que todo lo demás permanece constante, que es esencial para el uso del aparato analítico-matemático (gracias a ese recurso metodológico, múltiples relaciones entre pares de variables pueden tratarse simultáneamente en la forma de un sistema de ecuaciones diferenciales), esa idea lleva a modificar el fenómeno económico en su propia naturaleza. Si la oferta comienza a aumentar, los compradores pueden **prever** aumentos mayores bajando los precios mucho más de lo que sería de temer inicialmente. Así la **propia** estructura del sistema puede modificarse como resultado de la acción de un factor. Es que toda decisión económica es parte de un conjunto de decisiones con proyecciones importantes en el tiempo. Esas decisiones encuentran su coherencia última en un proyecto que introduce un sentido unificador de la acción del agente. Aislar una decisión del conjunto dotado de sentido, que es el proyecto del agente, considerarla fuera del tiempo y en seguida adicionarle las decisiones pertenecientes a otros proyec-

tos, sin definir el grado de heterogeneidad de los mismos, es algo fundamentalmente distinto de lo que en ciencias naturales se considera como legítima aplicación del método analítico.

Cuando se piensa en este problema metodológico se comprende sin dificultad que en economía el conocimiento científico, esto es, la posibilidad de verificar lo que se sabe y de utilizar el conocimiento para prever (y por tanto para actuar con mayor eficacia) no es y no podrá ser alcanzado dentro del cuadro metodológico en que actúa la llamada economía positiva.

Esta conclusión se impone de manera aún más clara con respecto al llamado análisis macroeconómico, que pretende explicar el comportamiento de un sistema económico nacional. En este caso las deficiencias de los conceptos y categorías básicas del análisis están directamente influidas por la visión inicial que tiene el economista del **proyecto** implícito en la vida social. Este se presenta como un **proceso**, o sea, como un conjunto de fenómenos más o menos ordenados que adquieren **sentido** (inteligibles globalmente) cuando son observados en función del tiempo. Esa percepción global del proceso se obtiene principalmente observando los agentes que controlan los principales centros de decisión, o sea, que ejercen **poder**. La existencia de un Estado facilita la identificación de las estructuras de poder. De igual manera la concentración del poder económico (grandes empresas) y de la manipulación de la información (grandes cadenas de periódicos y estaciones de radio) facilita la identificación de estructuras colaterales de poder. Es en torno de las decisiones emanadas de los centros principales de poder que se ordena un amplio proceso de la vida social. Ni el más ingenuo economista joven adocinado en Chicago cree hoy en el mito de la "soberanía" del consumidor como principio ordenador de la vida económica. Aunque el consumidor fuese "soberano", ¿cómo sumar las preferencias de un millonario con las de un pobre que pasa hambre?

Las hipótesis globales, que dan un sentido a la vida social, son el punto de partida de todo economista que define categorías de análisis macroeconómico. Y esas hipótesis globales se formulan a partir de la observación del comportamiento de los agentes que controlan los centros principales de poder. No interesa en este caso especular sobre los fundamentos del poder; si los que

lo ejercen derivan su autoridad del consentimiento de las mayorías o de la simple represión; si el consenso de las mayorías resulta de la manipulación de la información o de la interacción de fuerzas sociales que se controlan mutuamente. En este caso solo interesa señalar que los que mandan hablan en nombre de la colectividad. Cualesquiera que sean las motivaciones del que legisla sobre impuestos, del que decide dónde localizar una avenida y del que decide entre la construcción de un hospital o de un cuartel, esas decisiones sobre tales asuntos condicionan la vida colectiva. Es cierto que el estudioso podrá considerar **equivocadas** muchas de esas decisiones, esto es, incapaces de producir los resultados esperados por los agentes que las tomaron; o **inadecuadas**, es decir, en desacuerdo con los **auténticos intereses sociales**. En uno u otro caso el estudioso estará comparando medios con fines, lo que pone en claro el hecho de que él es consciente de la existencia de un conjunto coherente de valores, sin el cual le sería imposible entender (dar sentido) a la vida social. Que el estudioso prefiera sus propios valores a los de los agentes que controlan el poder, no altera el fondo de la cuestión; de la observación del comportamiento de los que controlan los centros de decisión se llega a la captación del **sentido** del conjunto del proceso social.

Coloquemos el problema en un plano más concreto. Los economistas hablan corrientemente de inversión como de algo que no comporta mayores ambigüedades. "Cualesquiera que sean los objetivos a alcanzar, cualquiera que sea el sistema, un alto nivel de inversión será siempre esencial". Esta es una afirmación totalmente equivocada. La inversión es el proceso por el cual se aumenta la capacidad productiva mediante cierto costo social. Supongamos que el objetivo sea producir más bienestar social y que en la definición de bienestar social se esté de acuerdo en dar la más alta prioridad a la mejoría de la dieta infantil, a fin de obtener mejores condiciones eugenésicas para el conjunto de la población. Este objetivo puede alcanzarse mucho más rápidamente reduciendo el consumo superfluo de las minorías privilegiadas (modificando la distribución del bienestar) que aumentando la inversión. Para el economista, existe algo de común en todo acto de inversión: la substracción de recursos al consumo, o la transferencia del acto de consumo de hoy para el

futuro. Sobre este punto estamos todos de acuerdo, diría el profesor de economía. Ahora bien, esa afirmación se basa en una falacia clamorosa: la idea de que el consumo es una masa homogénea. Cuando me privo de una segunda botella de vino sustraigo cincuenta cruzeiros al consumo, los que pueden utilizarse para inversión; cuando un trabajador manual es obligado a reducir su ración de pan puede estar comprimiendo el nivel de calorías que absorbe por debajo de lo que necesita para cubrir el desgaste del día de trabajo, lo que a largo plazo puede reducir el número de días que trabajará en su vida. El economista mide el valor del pan economizado, digamos 2,5 cruzeiros, y dirá: la economía extraída de 20 trabajadores equivale a la segunda botella de vino de que se privó el señor Furtado. Si el consumo no es una masa homogénea tampoco podrá serlo el ahorro que se define como "recursos extraídos al consumo presente". Y si el ahorro no es homogéneo, ¿cómo podrá serlo la inversión? ¿Cómo medir con la misma regla la inversión financiada con la reducción del pan de los trabajadores y la otra financiada con mi privación de una segunda botella de vino?

Pasemos a otra vaca sagrada de los economistas: el Producto Interno Bruto (PIB). Ese concepto ambiguo, amalgama de un número considerable de definiciones más o menos arbitrarias, se transformó en algo tan real para el hombre de la calle como lo fue el misterio de la Santísima Trinidad para los campesinos de la Edad Media Europea. Pero aún más ambiguo es el otro concepto de tasa de crecimiento del PIB.

¿Por qué se ignora en la medición del PIB el costo que representa para la colectividad la destrucción de las reservas minerales (no renovables) y de los suelos y bosques (difícilmente renovables)? ¿Por qué ignorar la polución de las aguas y la destrucción total de los peces en los que las fábricas desaguan sus residuos? Si el aumento de la tasa de crecimiento del PIB se acompaña de baja del salario real y ese salario está en el nivel de subsistencia fisiológica hay que admitir que se estará produciendo un desgaste humano. Las estadísticas de mortalidad infantil pueden o no reflejar el fenómeno, pues siendo medidas nacionales y sociales anulan los sufrimientos de unos con las mayores satisfacciones de los otros.

En un país como el Brasil, basta concentrar la renta (au-

mentar el consumo superfluo en términos relativos) para elevar la tasa de crecimiento del PIB. Esto porque, dado el bajo nivel medio de la renta, solamente una minoría tiene acceso a los bienes durables de consumo y son las industrias de bienes durables las que más se benefician de economías de escala. Así, dada una cierta tasa de inversión, si la producción de automóviles crece a ritmo más rápido que la de tejidos (suponiéndose que los gastos iniciales de los dos tipos de bienes sean idénticos) la tasa de crecimiento será mayor. Como el rápido crecimiento del número de carros significa embotellamiento en las calles (la infraestructura nunca podrá mantener el mismo ritmo de expansión), mayor consumo de gasolina y mayor desgaste de los carros por kilómetro recorrido, los costos del PIB también aumentarán por este lado. Y como el PIB crece con su costo, la tasa de crecimiento será aún más alta. Podemos ir más lejos si la renta continúa concentrándose habrá mercado creciente para modelos nuevos de carros, incorporando nuevas sofisticaciones. Los modelos nuevos pueden venderse a precios relativamente altos, dando origen a lo que el economista llama la renta del productor. Una vez difundido su uso el producto pierde su encanto, se vulgariza, encontrando su nivel de precio **normal**.

Esa **renta del productor** también contribuye a acelerar el crecimiento del PIB. En síntesis: cuanto más se concentra la renta, más privilegios se originan, mayor es el consumo superfluo, mayor será la tasa de crecimiento del PIB. De esta manera la contabilidad nacional se puede transformar en un laberinto de espejos en el que un hábil ilusionista puede obtener los efectos más deslumbrantes.

No se trata evidentemente de negar todo valor a esos conceptos, ni de abandonarlos si no podemos sustituirlos por otros mejores. Se trata de conocer su exacta significación. La objetividad en ciencias sociales se obtiene en la medida en que se explican los fines y se identifican los medios (los métodos e instrumentos de trabajo) lo que en ellos es resultante necesaria de los referidos fines.

Como ese esfuerzo en el sentido de la explicación de los fines y de la identificación del condicionamiento de los métodos de trabajo por los valores implícitos en la escogencia de los problemas es responsabilidad directa del científico social, se puede

afirmar que el avance de las ciencias sociales depende también del papel que en la sociedad se atribuyen o ejercen los que estudian los problemas sociales. El progreso de esas ciencias no es independiente del avance del hombre en su capacidad de auto-crítica y autoafirmación. No es sorprendente por tanto que esas ciencias se degraden cuando declina el ejercicio de la autocrítica y la conciencia de la responsabilidad social.